

EL MAESTRO, LO QUE MÁS IMPORTA

Víctor JUAN BORROY

Director de Museo Pedagógico de Aragón
Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación.
Universidad de Zaragoza

Lección inaugural del curso 2018-2019
UNED Calatayud, 30 de octubre de 2018

*...Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.*

«A don Francisco Giner de los Ríos»
Antonio Machado

Resumen: El maestro es una figura fundamental para entender la innovación y las reformas educativas. Como escribió Manuel Bartolomé Cossío, el maestro es lo que más importa. En esta lección se ofrece un recorrido por la historia del magisterio durante el siglo XX y se analiza el caso de algunos maestros que fueron determinantes en la vida de sus alumnos.

Palabras clave: Maestros; siglo XX; innovación; historia de la educación.

Abstract: Teachers are key figures when it comes to understand innovation and reforms in education. As Manuel Bartolomé Cossío put it, the teacher matters above all. This opening speech offers a journey through the history of teacher education in Spain across the 20th century. The life stories of some teachers who played a fundamental role in their pupils' lives are also analysed.

Keywords: Teachers; 20th century; innovation; history of education.

Señora Vicerrectora de Estudiantes de la Universidad Nacional de Educación a Distancia,

Señor Presidente de la Junta Rectora del Centro de la UNED de Calatayud,

Señor Alcalde de la ciudad de Calatayud,

Señora Directora General de Innovación e Investigación del Gobierno de Aragón,

Señora Directora del Centro de la UNED de Calatayud,

autoridades, profesores, estudiantes, señoras y señores:

Siempre he contado la vida en cursos. Suelo decir, como el maestro de la película *Ser y tener*, que hace treinta y dos años que dicto dictados. Y me gusta este oficio. Doy clase en la antigua Escuela Normal de Huesca, en un hermoso edificio inaugurado en 1932. Las aulas tienen suelos de madera, techos muy altos y unos amplios ventanales por los que entra la luz limpia y el aroma de la tierra mojada del parque. Cada septiembre les cuento a los estudiantes que acuden a la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad de Zaragoza para cursar el grado de Magisterio, que vivo en la escuela desde hace cincuenta y dos años. Primero a un lado de los pupitres y después al otro. Primero fui estudiante desde párvulos al doctorado —aunque no he dejado en ningún momento de aprender— y después, como profesor, he recorrido también todo el sistema educativo: de educación infantil a la universidad, en escuelas rurales y en institutos de la ciudad. Durante once cursos fui tutor aquí, en el Centro de la UNED de Calatayud. Recuerdo con enorme cariño a los estudiantes que acudían a las tutorías los lunes, a todos mis compañeros, al personal de administración y servicios y al equipo directivo de entonces encabezado por el profesor Julio Fuentes Losa. No hace falta explicar que cuando Ana Lagunas, la directora del centro, me invitó a pronunciar la lección inaugural en este solemne acto de apertura del curso académico 2018-2019, yo recibí su propuesta con gran emoción.

Voy a dedicar esta breve exposición a los maestros. Al fin y al cabo, no he hecho otra cosa en los últimos treinta años que escribir sobre el magisterio. Me ha interesado quiénes eran, qué formación recibieron, cómo entendieron su lugar en la sociedad, qué compromisos asumieron, qué sentido quisieron darle a su trabajo... Me he acercado a este grupo profesional con el convencimiento de que los maestros explican la escuela. Y la escuela es la institución que refleja de una manera más fiel la sociedad de cada época. Apenas me detendré en unos pocos hitos históricos de los últimos dos siglos que nos permiten entender la evolución del magisterio. Mi propósito es dejar claro que los maestros son importantes en nuestras vidas. Siguiendo el consejo de Baltasar Gracián, procuraré ser breve, con la intención de ser bueno.

Compagino mis clases en Huesca con la dirección del Museo Pedagógico de Aragón. Me gusta recibir a los escolares que nos visitan para contarles algunos de los secretos que nuestras piezas guardan. En una ocasión le pregunté a un grupo de niños de cinco años si sabían qué era la Escuela de Magisterio. Normalmente, nunca lo saben y yo me conformo con que vuelvan a sus casas recordando que es el centro en el que se forman los maestros. Pero aquel día había un niño que levantaba la mano como la levantan quienes están absolutamente convencidos de saber la respuesta correcta a una pregunta.

—¿Tú sabes qué es la Escuela de Magisterio? —le pregunté sorprendido.

—Sí —aseguró—. Es la Escuela de Magia.

Se han pasado cinco o seis años de aquel episodio y, desde entonces, cuando cada septiembre conozco a los nuevos estudiantes que acuden a la Facultad con la intención de hacerse maestros, les doy la bienvenida a la Escuela de Magia y les digo que el nuestro es un oficio mágico porque aquel niño estaba en lo cierto. Quizá solo un mago —y un sabio— puede afrontar la complejidad que se vive en el aula. Los maestros toman centenares de decisiones cada hora. Se la juegan en cada una de esas interacciones. Saben que lo que vale para Carlitos no servirá con María y que lo que ha salido muy bien a primera hora no funcionará a última, que la actividad que ha despertado el interés de los estudiantes de segundo B, no interesará, en absoluto, a sus compañeros de segundo A. Por eso es muy complicado formar un buen maestro. Es más difícil, desde luego, que formar un piloto de guerra, tal y como sostiene Philip Jackson en *La vida en las aulas*. Los maestros ejercen un oficio presidido por la incertidumbre porque en educación todo es más parecido al vuelo de una mariposa (frágil, imprevisible e incierto) que a la trayectoria de una bala que, lamentablemente, se puede medir, predecir y repetir¹.

El magisterio es también un oficio humilde, que se ejerce —como escribió Marguerite Yourcenar en *Alexis o el tratado del inútil combate*— lejos de las estrellas, en la pequeñez de los días, un día tras otro, un curso tras otro, durante muchos años. Es muy difícil hacerse una idea cabal de la ilusión y el entusiasmo que han de reunir los maestros cada vez que empiezan un curso. Cada septiembre, se exponen a las miradas de estudiantes que no conocen. Se presentan ante niños, chicos y chicas, jóvenes a quienes todavía no les une nada, salvo su voluntad de mostrarles lo que les parece valioso y de conducirles hacia lo mejor. En ese preciso momento, los profesores se enfrentan a la tarea de inventar de nuevo el mundo. Lo hacen, fundamentalmente, con palabras. La docencia es una profesión de largo recorrido y de ilusiones sostenidas. No es raro que cuando les llega el momento de la jubilación, los docentes atesoren treinta o cuarenta años de dedicación al hermoso oficio de enseñar. Durante ese tiempo han acumulado sonrisas, abrazos, sueños, promesas, pequeñas y grandes satisfacciones. También algunas lágrimas, horas de insomnio, decepciones... Aunque el entusiasmo, las dosis de utopía, de compromiso con la sociedad y de amor por la educación que cada uno de ellos reúne no se puede medir, sabemos que ese es un valor que tiende a infinito.

Manuel Bartolomé Cossío defendió en muchas ocasiones que el maestro era lo más importante para cambiar la escuela y que las reformas no dependían ni del material de enseñanza ni del edificio escolar. «No gastéis en material de enseñanza —decía— mientras no hayáis gastado sin límite en los maestros»². Y daba un rotundo consejo a quienes querían mejorar la escuela: «formad maestros... gastad, gastad en los maestros»³. Para Cossío lo primero era el educador. «Todo es letra muerta sin el maestro»⁴, concluía.

1. JACKSON Ph. W. (1991): *La vida en las aulas*, Madrid, Morata, p. 197.

2. COSSÍO, M. B. (1906): «El maestro, la escuela y el material de enseñanza». Conferencia dada en Bilbao con motivo de la última Exposición Pedagógica, en agosto de 1905 y publicada en 1906 en Madrid, por el editor R. Rojas, p. 69.

3. COSSÍO, M. B.: El maestro, la escuela y el material de enseñanza..., p. 74

4. COSSÍO, M. B. «Lo que más importa», *El Eco de Cartagena*, sábado, 8 de diciembre de 1900, p. 10.

Este argumento del Sr. Cossío, director del Museo Pedagógico Nacional, presidente del Patronato de Misiones Pedagógicas y Ciudadano de Honor de la Segunda República, tiene hoy mismo una vigencia incuestionable. El maestro es lo que más importa en la educación de un niño. Emilio Lledó, ex catedrático de Historia de la Filosofía de la Uned, miembro de la Real Academia Española, no duda en afirmar que si volviera a nacer le gustaría ser maestro de escuela para enseñar a los niños a mirar, a hacerse seres humanos... Les enseñaría a mirar, por ejemplo, una naranja, les invitaría a sentarse a la orilla de un río a ver pasar el agua... Según Lledó los niños necesitan aprender a mirar un árbol, aprender a mirar el cielo... Y para eso el maestro es una pieza fundamental⁵.

En este tiempo complicado en el que vivimos urge rescatar la mirada, una mirada secuestrada por las pantallas, las redes, las tecnologías que bajo una apariencia de libertad nos someten al dictado de «los señores del aire», de los nuevos señores feudales que nos dan acceso a la información mediada⁶. Los maestros pueden contribuir a rescatar la mirada secuestrada, a dar palabra, para que los niños aprendan a nombrar el mundo. Esta es una tarea imprescindible, urgente y necesaria.

ALGUNOS HITOS HISTÓRICOS QUE EXPLICAN LA EVOLUCIÓN DEL MAGISTERIO

La ley de Moyano de 1857 hacía depender la educación primaria de los ayuntamientos. Estas instituciones no tenían recursos suficientes para construir y mantener edificios escolares ni para pagar el salario de los maestros. El conocido dicho «pasar más hambre que un maestro de escuela» se refiere a esta época en la que los ayuntamientos no pagaban el sueldo a los maestros y estos se veían obligados a desempeñar varios oficios. La historia del magisterio durante el siglo XIX fue una crónica de amarguras. Encontramos maestros abandonados a su suerte en pequeños pueblos, sometidos al capricho de alcaldes, caciques, curas y secretarios; maestros a quienes no se les pagaba el salario durante años⁷. En este punto es inevitable recordar al maestro descrito en sus memorias por el sacerdote Andrés Manjón, fundador de las Escuelas del Ave María:

5. Emilio Lledó. *Pienso, luego existo*, 2 de octubre de 2011, rtve a la carta. Disponible en <http://www.rtve.es/alcarta/videos/pienso-luego-existo/pienso-luego-existo-emilio-lledo/1212743/>

6. ECHEVERRÍA, J. (1999): *Los señores del aire. Telépolis y el tercer entorno*, Barcelona, Destino.

7. EZPELETA, F. (2001). *Crónica negra del magisterio español (1875-1900)*. Madrid: Grupo Unisón Ediciones. El Museo Pedagógico de Aragón ha editado las memorias de Valero Almuévar, un maestro que ejerció durante seis años en tres pequeñas localidades de Huesca (Luzás, Castanesa y Aniés) en las que retrata fielmente la incultura, el abandono y la miseria de la sociedad del momento. Son unas memorias extraordinariamente amargas en las que puede constatarse la pésima situación de las escuelas, la tiranía de curas y alcaldes y las estrecheces que los maestros soportaban hasta el punto de que Valero Almuévar afirma que le sitiaba el hambre. Véase ALMUÉVAR, V. (1886). *Páginas originales (memorias de un maestro de escuela)*. Madrid: Establecimiento tipográfico de P.M. Montoya y Compañía, Caños, 1 (Zaragoza: Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte / Museo Pedagógico de Aragón, 2010, edición facsímil, con estudio preliminar de José Luis Melero y Víctor Juan).

«Como la dotación era escasa, el señor maestro reunía varios cargos y oficios, con los cuales medio vivía, pues era Maestro de Escuela, Sacristán, Cantor, Campa-
nero, Relojero, Barbero, Carpintero, Cazador, Pescador, Secretario, Amanuense y
Lector de familias y soldados y el Factotum del pueblo, todo con letras mayúsculas
y minúsculas retribuciones»⁸.

Valero Almudévar escribió *Páginas originales. Memorias de un maestro de escuela*⁹. Son las memorias más antiguas escritas por un maestro español. Tuvimos la suerte de que Almudévar hubiera nacido en un pueblo de Huesca, en Loporzano, y aunque se había formado en Madrid, al concluir los estudios de Magisterio decidió solicitar escuela en la provincia de Huesca y fue destinado, entre 1864 y 1870, a tres pueblos: Luzás, Castanosa y Aniés. En todos ellos encontró miseria, escuelas mal instaladas, material docente mezquino y falta de interés por la educación que, por otra parte, era algo que no valía para nada. Tan inútil era la escuela que los ayuntamientos preferían no tener maestro a tener que pagarle.

El siglo XIX nos legó un sistema educativo débilmente articulado, sumido en muchas carencias estructurales, a pesar de que la ley establecía la obligatoriedad de la asistencia a la escuela. Cuando terminaba el siglo, Manuel Bartolomé Cossío describió certeramente la lamentable situación de la educación española:

«(...) hacen bien esos dos millones y medio de niños (que no tienen plaza escolar) en no ir a la escuela, y sus padres obran muy cuerdamente al no enviarlos. Porque si un día se les ocurriese obedecer nuestras sabias leyes, perderían el tiempo y, lo que es más grave, la salud, como pierden ya ambas cosas gran parte de sus aplicados compañeros. Perderían el tiempo, porque no hay en España ni escuelas en que meterlos, aunque fuese almacenados, ni suficiente número de maestros para educarlos de verdad; y perderían la salud, porque los que malamente cupiesen, irían a envenenarse en el pestífero ambiente de unos locales infectos, donde hoy mismo están ya hacinados los niños que asisten; y con el tiempo y la salud perderían también la alegría y la despierta curiosidad que, en estas condiciones, no tardan en cambiarse en rutina servil y en horror a la escuela»¹⁰.

Faltaban escuelas, las existentes estaban pésimamente instaladas, el material de enseñanza era escaso e inadecuado y, además, el maestro era un profesional muy poco formado, desprestigiado, objeto de burlas en sainetes y chascarrillos. Así lo denunciaron regeneracionistas como Ricardo Macías Picavea, quien en su obra *El problema nacional* (1899) escribió:

«El maestro es en España un ser horriblemente formado; mejor dicho, deformado. En las Normales, nada se le enseña; pero en cambio le desquician la natural inteligencia, el buen sentido y el sano juicio de las cosas.

8. MANJÓN, A. (1955). Edición Nacional de las obras selectas de don Andrés Manjón. IX *Discursos de las Escuelas laicas. El gitano et ultra cosas de antaño*. Madrid: Patronato de las Escuelas del Ave-María, p. 322.

9. ALMUDÉVAR, V., op. cit.,

10. COSSÍO, M. B. (1899). La reforma escolar. *Revista Nacional*, 31 de octubre de 1899, pp. 321-323.

(...)

Maestros ignorantes, cuasi mendigos, desprovistos de todo prestigio o influencia social, desconsiderados por la plebe y maltratados por los cacicuelos (...) no saben nada de nada, porque nadie les ha enseado (...)»¹¹.

En 1901, el conde de Romanones, siendo Ministro de Instrucci3n P'blica, seala en una intervenci3n en el Congreso la relaci3n que existía entre sueldo, preparaci3n y prestigio del magisterio, y aceptaba la clara responsabilidad que el Estado tena en este asunto:

«Cuando se dirigen a mί, como Ministro de Instrucci3n P'blica, los maestros a los que no se les ha pagado un ańo, o reciben una dotaci3n de 125 pesetas anuales, aunque yo vea que las mismas cartas est3n escritas sin ortografía, tengo que dejar que sigan, a pesar de eso, siendo maestros, porque el primero que falta a su deber soy yo, que no les pago»¹².

Las escuelas en las que trabajaban aquellos maestros eran frecuentemente caserones l3bregos, tristes, antihigi3nicos e insalubres. Patricio Borobio, catedrático de Enfermedades de la Infancia de la Universidad de Zaragoza, describía en un artícuo en *La Escuela Moderna* en 1904 las condiciones en las que nińos y maestros asistían a la escuela, cuando 3l mismo y el doctor Ballarín acudieron a las escuelas para seleccionar a los nińos que participarían en las colonias escolares:

«...en nuestra visita y con nuestros ojos de m3dico, vimos muchas cosas. Vimos escuelas muy malas, detestablemente instaladas, pequeńas, con poca luz, sin ventilaci3n, de suelo polvoriento que hace la atm3sfera irrespirable en cuanto los nińos se mueven. Vimos unas mesas y unos bancos destartalados, un material de enseanza mezquino, escaso, gastado (...). Vimos, por hermoso y consolador contraste, maestros y maestras ilustradísimos, corteses y afables cuanto puede exigirse, h3roes de la enseanza que consumen su existencia seis horas diarias en el local de una mala escuela, con un p3simo material; y ańn luchando con todo esto y a pesar de todo esto, sacan discípulos brillantes, lo cual representa una labor gigantesca, silenciosa, casi an3nima, digna de toda alabanza y acreedora a toda gratitud»¹³.

LA EDAD DE ORO DE LA PEDAGOGÍA

La imagen de un magisterio inculto, objeto de burlas, mal formado y desprestigiado, propia del siglo XIX, cambiará radicalmente en las primeras d3cadas del siglo XX, gracias, fundamentalmente, al trabajo de las personas que se reunieron en torno a

11. MACÍAS PICAVEA, R. (1899): *El problema nacional (Hechos, causas y remedios)*, Madrid, p. 61.

12. Diario del Congreso del 16 de diciembre de 1901.

13. BOROBIO, P. (1904): «Colonias escolares para los nińos de Zaragoza», *La Escuela Moderna*, julio de 1904, N° 160, p. 425.

la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 y presidida por Francisco Giner de los Ríos. A lo largo de estas décadas comienzan su actividad algunos centros que iluminan la educación y la cultura. Me limitaré ahora a nombrarlos: el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se creó en 1900. Por primera vez en la historia, la educación tenía un departamento propio. En 1902 el Estado asumió el pago de los sueldos del magisterio y así los maestros se libraron de la tiranía de caciques rurales; en 1907 inició su andadura la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, presidida por Santiago Ramón y Cajal, que fue la encargada de enviar a centenares de maestros, inspectores y profesores de Escuelas de Magisterio al extranjero¹⁴; La Escuela de Estudios Superiores del Magisterio abrió sus puertas en 1909 y allí se formaron inspectores y profesores de Escuelas Normales; la Residencia de Estudiantes acogía desde 1910 a universitarios en régimen de internado, pero no solo debemos recordarla porque allí coincidieran Buñuel, Lorca y Dalí, sino por la gran proyección que tuvieron en la sociedad los cursos, las exposiciones, las conferencias y las publicaciones de este centro. Basta pensar que la Residencia fue el lugar elegido por Einstein para dar una serie de conferencias en 1923. Podemos cerrar esta enumeración recordando el trabajo del Patronato de Misiones Pedagógicas establecido por la II República para llevar el aliento de la cultura a los pueblos de aquella España rural y analfabeta.

En el breve espacio de tiempo que va desde los primeros años del siglo XX hasta la guerra civil, la esencia de la profesión maestro de primera enseñanza se transformó totalmente, tanto por la imagen que la sociedad tenía de este colectivo como por la propia concepción que los maestros tenían de sí mismos y del lugar que habían de ocupar en la sociedad.

FACTORES QUE PROPICIARON LA TRANSFORMACIÓN DEL MAGISTERIO COMO PROFESIÓN

Podemos afirmar que el primer tercio del siglo XX y, desde luego, los años de la II República son una etapa de modernización y de europeización de la educación española. Para referirse al florecimiento cultural de este período el profesor José-Carlos

14. Para entender el papel de la JAE en la modernización de la educación y de la cultura españolas puede consultarse el catálogo de la exposición sobre la Junta para Ampliación de Estudios organizada por la Residencia de Estudiantes y la Sociedad Estatal de Conmemoraciones con motivo del centenario de la Junta: SÁNCHEZ RON, J. M. y LAFUENTE, A. (eds.) (2007). *El laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1939)*. Madrid: Ministerio de Cultura [Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (SECC)] y la Residencia de Estudiantes. La influencia de la Junta para Ampliación de Estudios en distintos lugares del Estado español y en distintos ámbitos científicos y culturales fue el tema abordado en el XIV Coloquio de la Sociedad Española de Historia de la Educación, celebrado del 25 al 28 de junio de 2007 en Guadalupe (Cáceres): SÁNCHEZ, F.; ALEJO, J.; CALVO, F.G.; LUCERO, M.; GONZÁLEZ M. P.; ORIA, M. R.; IGLESIAS, E. (coords.) (2007). *Relaciones internacionales en la historia de la Educación. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*. Cáceres: Sociedad Española de Historia de la Educación (SEDHE) y Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Extremadura. 2 tomos.

Mainer acuñó el término «Edad de Plata»¹⁵. Si consideramos la modernización que sacude el sistema educativo español durante estas mismas décadas podemos afirmar que nos encontramos ante la Edad de Oro de la Pedagogía.

Según Manuel Tuñón de Lara la II República fue el tiempo de la gran ilusión, de una ilusión cultural, perfectamente representada por las Misiones Pedagógicas¹⁶. Marcelino Domingo, primer ministro de Instrucción Pública, resumió en una sola frase la situación del país en abril de 1931: «La República heredó una tierra poblada de hombres rotos»¹⁷. Es fácil apreciar esta fractura en la desigualdad, la incultura y la falta de esperanza... En este contexto, tal y como sostuvo Rodolfo Llopis, director general de primera enseñanza, la escuela estaba llamada a ser el instrumento para transformar a los súbditos en ciudadanos¹⁸. El maestro sería el alma de la escuela, un elemento fundamental para llevar el mensaje de ciudadanía, de laicidad y para dar a conocer la esencia del proyecto republicano... En aquella España rural y analfabeta, los maestros fueron —tal y como escribió Manuel Rivas en *La lengua de las mariposas*— «las luces de la República». Por eso pagaron un precio tan alto en la guerra civil y en la dictadura.

Debo recordar aquella tragedia porque somos quienes fuimos, somos hijos de aquel tiempo y el pasado no lo tenemos detrás de nosotros, sino ante nosotros.

Quienes preferían las sombras, sumieron al país en «la longa noite de pedra», que escribió el poeta Celso Emilio Ferreiro. La dictadura no precisaba maestros cultos, sino profesionales que transmitieran fielmente las consignas del régimen, maestros que supieran hacerse obedecer y que sometieran a los niños y a los jóvenes a los Principios del Movimiento. La innovación propia de la etapa anterior fue considerada por los ideólogos educativos del régimen de Franco como una «pedagogía extranjerizante». Esta expresión fue utilizada por José Talayero Lite, director del Hogar José Antonio de Zaragoza, un centro en donde se diseñaba la pedagogía del régimen, cuando se dirigió en Burgos a los maestros que participaban en un curso de actualización didáctica¹⁹.

Los maestros no fueron perseguidos por trabajar con unas metodologías o con unos materiales determinados. La pedagogía que cercenó con saña el nuevo régimen

15. MAINER BAQUÉ, J.-C. (1981, primera edición de 1975). *La Edad de Plata (1902-1939): un ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra.

16. TUÑÓN DE LARA, Manuel: «Grandes corrientes culturales», en García Delgado José Luis (Ed.): *Los orígenes culturales de la II República*. IX Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, dirigido por Manuel Tuñón de Lara. Madrid. Siglo XXI editores, 1993, p. 22.

17. DOMINGO, M. (1932): *La escuela en la República. (La labor de ocho meses)*. Madrid, 1932, M. Aguilar editor, p. 6.

18. LLOPIS, R. (1932): «Acto de clausura de las Jornadas Pedagógicas celebradas en Zaragoza en 1932», en *Crónica de las Jornadas Pedagógicas organizadas por la Asociación de Maestros nacionales de los partidos de Zaragoza-Sos*. Zaragoza, Tipográfica M. Serrano, 1933, p. 186.

19. La conferencia de José Talayero Lite se publicó originariamente con el título *La Metodología de la Escuela Primaria*, en Ministerio de Educación Nacional (1938). *Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria*, Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, vol. II, págs. 71-83. Tomo la referencia de MAYORDOMO, A. (1990). *Historia de la Educación en España, V. Nacional-Catolicismo y Educación en la España de posguerra (II)*. Breviarios de Educación, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 409-424, cita en p. 416.

era la que pretendía emancipar a los individuos, la que perseguía liberar las mentes y los corazones de los niños de supersticiones y miedos, la que aspiraba a dar una educación pública, gratuita, laica y universal a todos los ciudadanos²⁰.

Tras la Guerra Civil, controlar al magisterio fue objetivo prioritario del régimen. Para ello, las autoridades no dudaron en separar a quienes simpatizaron con la República o no prestaron su apoyo al movimiento nacional²¹. Miles de maestros, de profesores de Escuelas Normales, de inspectores, de profesores universitarios fueron fusilados en todo el país. Además, todos pasaron por un doloroso proceso de depuración y como consecuencia de ese juicio, algunos pudieron continuar al frente de sus escuelas, pero otros fueron desterrados o separados temporalmente del magisterio o expulsados definitivamente del cuerpo como le sucedió a la maestra aragonesa María Sánchez Arbós, a quien la dictadura le robó su escuela. Otros sufrieron el exilio como Santiago Hernández Ruiz, de quien les hablaré enseguida, o Palmira Plá a quien tuve el privilegio de conocer y de querer mucho. Fui a verla varias veces a su casa de Benicàssim. En una de mis visitas me contó que en julio de 1936 había salido de casa con el dinero justo para tomar una limonada y montar en los coches chocantes. Tenía veintidós años. Eran fiestas en Teruel y había quedado con otros maestros jóvenes. Se encontró con un guardia civil amigo de su padre que le dijo que no volviera a su casa porque la estaban buscando. Doña Palmira reaccionó como lo hicieron todos los perseguidos:

— Por qué a mí, si no he hecho nada...

— ¿No vas a la Casa del Pueblo a enseñar a leer a mujeres analfabetas?

— Sí, pero eso qué más da....

— Hazme caso. Ve a la estación, pregunta por Soriano y él te sacará de Teruel.

Palmira Plá fue a la estación y salió de Teruel —y de lo que hubiera sido su vida— en un vagón de un tren de mercancías. Terminada la guerra civil, sufrió el exilio en Francia y al final de la Segunda Guerra Mundial decidió dejar atrás una Europa en ruinas y se instaló en Venezuela²².

Aún tenemos un deber moral con la memoria de estos educadores.

20. LAFOZ, H. (2007). *Aniquilar la semilla de Caín. La represión del magisterio republicano*. Zaragoza: Prensas Universitarias. Universidad de Zaragoza.

21. Sobre la depuración del magisterio se han publicado en los últimos años imprescindibles investigaciones que permiten entender la purga que sufrió este colectivo con el propósito de imponer el modelo de escuela que le convenía al régimen de Franco. Estas investigaciones dignifican los nombres de aquellos que fueron asesinados, encarcelados, desterrados o expulsados del magisterio. Sería imposible citar los estudios relativos a cada comunidad autónoma que se han publicado me limitaré a nombrar la obra ya clásica de FRANCISCO VALENTE VALERO, F. (1997). *La escuela y el Estado Nuevo La depuración del Magisterio Nacional (1936-1943)*. Valladolid: Ámbito.

22. PLÁ PECHOVIERTO, P. (2004): *Momentos de una vida*, Zaragoza, Fundación Bernardo Aladrén. Sobre Palmira Plá he publicado algunos textos en los últimos años: JUAN, V., «Palmira Plá. El compromiso irrenunciable», *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*, 123, septiembre-diciembre de 2007, pp. 22-27 y, más recientemente, JUAN, V., «Los ojos que tanto lloraron a Paco Ponzán», *Ágora*, 12, 2014, pp. 61-63. JUAN, V. «La forja de la conciencia ética. Palmira Plá en Teruel» en ABÓS, P. (Coord.) (2015): *Franquismo y magisterio. Represión y depuración de maestros en la provincia de Teruel*, Zaragoza, Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, pp. 183-201.

LA IMPORTANCIA DE UN MAESTRO

Muchas personas cuentan que tuvieron la fortuna de tener un maestro que les animó a estudiar, ayudó a sus padres a pedir una beca o les convenció de que la inversión más rentable que podían hacer era vender un campo para enviar a su hijo a estudiar a la ciudad porque así recogerían la mejor cosecha que pudieran imaginar. El escritor y académico Antonio Muñoz Molina, premio príncipe de Asturias de las letras, uno de los autores contemporáneos más reconocidos, confiesa que pudo estudiar gracias a Luis Molina, el maestro que sembró en él el deseo consciente de seguir estudiando, el maestro que convenció a su padre de que permitiera al chico estudiar Bachillerato, liberándolo del destino natural que le aguardaba trabajando en la huerta desde los once años. De vez en cuando el maestro pasaba por el puesto de frutas y verduras que su padre regentaba en el mercado: «Ni se te ocurra llevarte a Antonio a la huerta —le repetía—. Deja que siga estudiando».

Es tan importante estar agradecido a los maestros que Antonio Muñoz Molina publicó en *El País* una carta a su maestro en abril de 2016:

«Si yo no dejé la escuela a los 11 años fue gracias a ti, y al respeto que te tenía mi padre. El tiempo se va tan rápido que no conviene postergar nunca los agradecimientos. El mío hacia ti me durará mientras viva».

También es conocida la conmovedora carta que Albert Camus envió a su profesor el 19 de noviembre de 1957, después de haber sido distinguido con el Nobel de Literatura:

Querido señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, la mano afectuosa que tendió al pobre niño que era yo, sin su enseñanza y ejemplo, nada de esto hubiese sucedido. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y le puedo asegurar que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso continúan siempre vivos en uno de sus pequeños discípulos, que, a pesar de los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Le abrazo con todo mi corazón.

Conocemos más detalles sobre la relación entre este maestro y el autor de obras esenciales como *El extranjero* o *La peste*. El señor Germain se empeñó en que aquel niño llenó de talento, que se llamaba Albert Camus, estudiara bachillerato. Preparó con él el examen de ingreso, le acompañó en tranvía al instituto donde se celebraba la prueba y le esperó sentado en un banco hasta que el chico salió feliz con su aprobado. Luego se desvivió para que le concedieran una beca²³.

23. VICENT, M. (2012): «El maestro de escuela y aquel niño», *El País*, 15 de julio de 2012.

El señor Germain creyó en aquel niño. Todos necesitamos que crean en nosotros, que nos hagan sentir que somos personas valiosas. Los niños construyen su identidad en espejo. Todo depende de la imagen que les devolvemos. Cada vez son más imprescindibles los maestros dispuestos a romper una lanza por los estudiantes que más lo necesitan. Es fundamental que los niños sepan que son queridos, que nos interesa lo que hacen y, sobre todo, que creemos en sus posibilidades. Quizá por eso, cuando vi por primera vez *Hoy empieza todo*, la película de Bertrand Tavernier, me pareció tan admirable la actitud de Daniel Lefebvre, el director de una escuela infantil a la que asistían niños pertenecientes a familias desestructuradas que soportaban el problema del desempleo. Todos los días, a la salida de clase, monsieur Lefebvre les repetía a los padres, de mil maneras, la misma idea: tienen ustedes un hijo formidable, esperamos mucho de él; aún no habla, pero estamos seguros de que lo hará muy pronto; tienen una hija muy inteligente, aunque aún no lee... Una de las claves de la educación consiste en tratar a los niños como si fueran genios. Realmente todos los son, en potencia. Pero tienen que encontrar a alguien que les mire, que crea en ellos y que ponga a su alcance las herramientas necesarias para que lleguen a ser quienes pueden ser.

Frecuentemente les leo a los estudiantes que aspiran a ser maestros el fragmento de la autobiografía intelectual de Emilio Lledó, publicada en la revista *Anthropos* en septiembre de 1982, donde el filósofo y académico recuerda a don Francisco, el maestro que supo despertar en aquel niño de seis u ocho años la curiosidad, las ganas de saber, el deseo de entender el mundo y, en definitiva, el amor por la teoría que, como defiende el propio Lledó, originariamente significa visión, mirada personal sobre la realidad:

«...en Vicálvaro comencé a ir al colegio, y es aquí donde tuve una de las más hermosas experiencias intelectuales, si es que a esa edad puedo ya hablar así. Durante la guerra civil, el colegio instalado en un amplio y alegre caserón del pueblo, con un jardín misterioso, con rincones secretos, invernadero y estanque, constituía nuestra delicia en las horas de recreo. Para mí, sin embargo, el máximo atractivo de aquella época inolvidable no tenía que ver con el jardín, ni con mis amigos. Se llamaba don Francisco. Era el maestro de nuestra clase (...). A pesar de mis pocos años, nunca he olvidado a aquel maestro joven que convertía aquellas horas en un juego maravilloso de curiosidad, de enseñanza, de alegría. Aún recuerdo sus famosas “sugerencias de la lectura”. Don Francisco nos leía pasajes del periódico, del Quijote, de algún libro histórico, y nos pedía, a nosotros que en su mayoría no habíamos cumplido los diez años, que escribiésemos libremente lo que esa lección despertaba, evocaba, aludía. He tenido posteriormente buenos maestros, sobre todo en mis años de estudiante en Heidelberg, pero no recuerdo a nadie que llegase a despertar en mí, de una forma tan intensa, el convencimiento de que la educación es la clave de la vida humana, y que el aprendizaje y el conocimiento se puede convertir en una apasionante aventura»²⁴.

24. LLEDÓ, E. (1982): «Autobiografía intelectual», *Anthropos*, septiembre de 1982, Nº 15, pp. 11-12.

La literatura nos ofrece notables ejemplos de la labor del maestro. Don Gregorio, el maestro de *La lengua de las Mariposas*, el cuento de Manuel Rivas, daba sentido a cuanto acontecía en la vida de los escolares:

«La forma que don Gregorio tenía de mostrarse muy enfadado era el silencio.

Si vosotros no os calláis, tendré que callarme yo...

Y se dirigía al ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, descorazonador, como si nos hubiese dejado abandonados en un extraño país. Pronto me di cuenta de que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y la diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. La hierba, la lana, mi frío. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex».

También quiero recordar a Santiago Hernández Ruiz, maestro durante cinco cursos, de 1925 a 1930, en la escuela de Paniza, dónde dejó una generación de niños a la que todos conocían como «los de don Santiago». Hace más de veinticinco años hice un inolvidable viaje a esa población del Campo de Cariñena. Tuve ocasión de reunirme con media docena de hombres que habían sido alumnos de don Santiago. Me decían que ellos pusieron en marcha la cooperativa, construyeron las escuelas, abrieron la biblioteca y «todo lo que somos —afirmaban— se lo debemos a don Santiago». Habían pasado más de sesenta años desde que Hernández Ruiz dejó la escuela de Paniza, pero ellos se reconocían como «los de don Santiago». En septiembre de 2001 organizamos un seminario en este Centro de la UNED de Calatayud para conmemorar el centenario del nacimiento de Santiago Hernández Ruiz. Recogimos los trabajos del seminario en un libro publicado por este Centro, que tuve el privilegio de coordinar con el profesor Alejandro Tiana, exrector de la UNED y actual secretario de Estado de Educación.

Un caso excepcional y absolutamente conmovedor de la importancia que un maestro puede tener en la vida de una persona es el de Francisco Ponzán Vidal, Paco Ponzán, alumno de Ramón Acín en la Escuela Normal de maestros de Huesca, militante de la CNT, quien después de pasar la guerra de España, se exilió en Francia. Allí le sorprendió la II Guerra Mundial. Aquellos españoles que habían perdido la guerra civil fueron los primeros que se enfrentaron al fascismo en Francia. Paco Ponzán fue responsable de una red de evasión que salvó la vida a centenares de personas tanto en suelo francés como en España. En el testamento que escribió el 27 de diciembre de 1943 en la prisión militar de Fourgolle (Toulouse) pidió ser enterrado junto a Ramón Acín:

«Deseo que mis restos sean trasladados un día a tierra española y enterrados en Huesca, al lado de mi maestro, el profesor Ramón Acín, y de mi amigo Evaristo Viñuales».

Dos días antes de que los alemanes abandonaran Toulouse, diez días antes de que los españoles de «La Nueve» del general Leclerc entraran en París con aquellos tanques a los que había puesto nombres como «Teruel», «Don Quijote» o «Guadalajara», los nazis asesinaron a este maestro aragonés junto a medio centenar de personas. Quemaron sus cuerpos. Por eso fue imposible cumplir la última voluntad

de Ponzán²⁵. Los alumnos llevan consigo, allá dónde van, un trozo de lo que sus profesores fueron para ellos²⁶. Por eso, Ponzán escribió un artículo titulado «Los que no mueren», dedicado a Ramón Acín, a quien habían fusilado en Huesca el 6 de agosto de 1936. El artículo se publicó en *Nuevo Aragón*, un diario que se imprimía en Caspe, el 9 de marzo de 1937:

«No te defraudaremos —concluía Ponzán—. Tus hijas, Katia y Sol, verán, en cualquiera de nosotros, un pedazo tuyo».

El sentido del magisterio hoy

Para concluir voy a hacer una declaración de principios. Hoy tenemos las escuelas mejor dotadas que hemos tenido nunca y en ellas trabajan los maestros mejor formados de nuestra historia. También es cierto que la sociedad es más compleja que en ninguna otra época y que en la escuela se recogen todos los problemas que tenemos planteados.

Aún hemos de hacer bueno el consejo del señor Cossío: «Gastad, gastad en maestros». Pero hemos avanzado mucho en todos los frentes: en la red de centros, en la calidad del material de nuestras escuelas, en la formación del profesorado, en el desarrollo de programas que persiguen la atención a la diversidad, en la mayor preocupación por quienes menos tienen, de tal manera que la escuela pueda ser un factor de equidad.

Cada septiembre, les pregunto a los estudiantes de primero de magisterio sus razones para querer ser maestros. Son muy similares a las que me daba a mí mismo cuando hace treinta y seis años me sentaba en el mismo lugar en el que ahora se sientan ellos. Lo cierto es que la razón por la que soy profesor hoy, el sentido de mi trabajo, lo descubrí preparando una lección sobre la educación en Grecia para mis tutorías en el UNED de Calatayud. Se trata de un fragmento en el que Protágoras, en el diálogo platónico que lleva su nombre, le promete al joven Hipócrates, que está pensando en hacerse discípulo suyo, lo siguiente:

«Si me acompañas, te sucederá, cada día que estés conmigo, que regresarás a tu casa hecho mejor, y al siguiente, lo mismo. Y cada día, continuamente, progresarás hacia lo mejor»²⁷.

Esta es la misma promesa que les hago a los estudiantes cada septiembre. Este es mi compromiso y el compromiso de todos los profesores que hoy trabajan en las escuelas.

Muchas gracias.

25. Sobre la vida de Francisco Ponzán Vidal puede consultarse PONZÁN, P. (1996), *Lucha y muerte por la libertad (1936-1945): Francisco Ponzán Vidal y la red de evasión Pat O'Leary (1940-1944)*, Barcelona, Tot, y TÉLLEZ, A. (1996), *La red de evasión del Grupo Ponzán: anarquistas en la guerra secreta contra el franquismo y el nazismo (1936-1944)*, Bilbao, Virus.

26. JUAN, V. (2015) «Un predicador en el desierto: Ramón Acín, pedagogo» *Argensola*, 123, 57-70.

27. PLATÓN, *Protágoras*, 318a, citado en REDONDO, Emilio y LASPALAS, Javier (1997): *Historia de la Educación, Edad Antigua*, Dykinson, p. 229.